

UN ESPAÑOL BONDADOSO

POR: ROBERTO H. TODD

Allá para los primeros días de octubre de 1887, los habitantes de la capital vivían días muy aciagos, con las noticias que nos llegaban de los atropellos cometidos por el Sargento Escudero y el Cabo Ambrosio, ^{de la Guerra Civil} en pobres trabajadores de los campos de Ponce, Juana Díaz y Aibonito, y que luego se conocieron con el nombre de "Comportes".

Más tarde vinieron noticias de la prisión de Don Ramón Baldorioty de Castro, de Palmer y el Dr. Carbonell de Mayaguez, seguido de la prisión y atropello contra el periodista español que defendía la causa del país, Don Francisco Cepeda, Director de la Revista de Puerto Rico. Y ya no eran cabos ni sargentos los atropelladores, sino el Coronel Arjona, Comandante Militar del Distrito de Ponce y el Alcalde de dicha ciudad, Sr. Urzurrún.

Casi enseguida se tuvo la noticia de que el crucero de guerra español, "Fernando el Católico", que hacía servicio en aguas de Puerto Rico, traería a los catorce presos que habrían de ser internados en el Calaboze del Chino del Castillo de El Morro. Añadía la noticia que el crucero atracaría al muelle del arsenal en La Marina y allí fueron los elementos populares, encabezados por Don José Mauleón y acompañados de Pepe Cándida, Pedro Gómez, Cristóbal Ryan, y otros, quienes marcharon hacia la Marina para ver de cerca a los catorce prisioneros traídos por el General Palacio y llegaron al tiempo en que desembarcaban; un oficial de la guardia civil iba preguntándoles sus nombres según iban pisando tierra y apuntando en una libreta los nombres de cada uno. Todos traían bultos y maletas y cuando ya estuvieron los catorce en tierra, se oyó la voz de Don Francisco Cepeda dirigiéndose a la multitud allí congregada: ¿"No habrá entre ustedes almas generosas que se apresten a ayudar a estos presos cargando las maletas y bultos de Baldorioty, Marín, y otros, que no pueden ir a pie hasta el Castillo de El Morro cargando con esas pertenencias?" Y enseguida se adelantó Mauleón y dijo: "Para eso hemos venido, para ver si podíamos serles útil en algo".

El oficial de la guardia civil encargado de esos presos dijo que había que apresu-

rarse y ordenó a los que iban a llevar las pertenencias de los presos que siguieran a estos en su trayectoria. Subirían hasta la Puerta de San Juan y continuarían hasta El Morro por detrás de Casa Blanca y así fué la marcha.

Años más tarde me contó Mauleón que al llegar al Castillo de El Morro se les señaló a los presos la celda conocida con el nombre de "Calabozo del Chino". Entraron los presos y detrás de ellos iban los que llevaban sus pertenencias y Mauleón se dió cuenta de que allí no había ningún preparativo esperando a los presos. Los camastros no contenían ni sábanas ni almohadas. Eran de madera y nada más, y enseguida Mauleón salió diciendo que volvería trayendo lo necesario para que pudieran dormir esa noche.

Me contó Mauleón que al llegar a la Calle de Tetuán, estaba en la puerta de su almacén, Don Pedro Santisteban, socio de Chavarri / quien al verlo pasar le preguntó: "¿En qué andas tú?" Esta fué la contestación de Mauleón: "Don Pedro, yo no se si debo decírselo, pero usted me lo pregunta y voy a confiarle que vengo del Castillo de El Morro, de acompañar a los catorce presos traídos por el General Palacio. Y ahora estoy gestionando la consecución de ropas de cama, de almohadas, etc., para que esos infelices no duerman esta noche en los camastros sin una almohada donde reposar la cabeza". Y he aquí un episodio hermoso para aquel noble español rara ^{avis} avis en aquellos días de españoles desalmados.

Le dijo Don Pedro a Mauleón: "Si tú me prometes no mencionar mi nombre para nada en este asunto, yo te daré todo lo necesario para que esos infelices puedan dormir y descansar esta noche". Dice Mauleón que él trató de hacer un juramento a Don Pedro y éste le dijo: "Yo no creo en juramentos, me basta con tu palabra"; y Mauleón se la dió. Don Pedro llamó a uno de los dependientes, ordenándole que tomara nota en una libreta y fué diciéndole: "14 almohadas, 14 fundas, 14 frisas, 14 sábanas, 14 toallas, y otras tantas pastillas de jabón." Y le preguntó al dependiente: "¿Cuánto tiempo le tomará a usted para despachar todo eso y hacer un sólo paquete, cosa de que Mauleón pueda venir a buscarlo?" Al decir el dependiente que a lo sumo sería media hora, don Pedro le dijo: "Pues Mauleón vendrá con una carretilla por el Recinto Sur y usted le entregará el bulto o los bultos que sean y cárguelo todo a mi cuenta particular".

Así pudieron los presos de El Morro, gracias a las gestiones de Mauleón y a la bondad de corazón de aquel noble español llamado Don Pedro Santisteban, dormir esa noche y las siguientes con alguna comodidad y no en camastros pelados.

Debemos hacer constar que aunque Mauleón cumplió su palabra y no mencionó el nombre de Don Pedro, el dependiente que despachó las ropas de cama, y quien no sabía cual era el destino de aquellas mercancías, no tuvo el cuidado de quitar las etiquetas de las mismas que tenían el nombre de la casa "Santisteban Chavarri & Compañía". Y así pudieron los presos de El Morro saber que entre los españoles malvados de aquellos días, había uno que tenía corazón generoso, llamado Don Pedro Santisteban.